

escasa fantasía como su siglo; de ideas claras más que profundas; de ironía fina y delicada; un cerebro más que un corazón; un carácter servido y á veces mandado por una grande inteligencia; con los poderosos altanero, con los humildes sencillo; del ingenio y de la ciencia apasionado hasta el delirio; del mérito siempre admirador; en sus versos mediano, en su prosa incorrecto, en su filosofía vulgar y de sentido común, pero contando sus hazañas, digno de equipararse con César, no sólo por la sobriedad del relato, sino por la sencillez y natural modestia; alegre como un héroe antiguo, administrador moralísimo, jurisconsulto experto, celoso de que la justicia llegase hasta las últimas clases sociales; tolerante con los juicios de su pueblo, á quien todo lo dejaba decir con tal de que se lo dejase á él hacer todo; entero en la adversidad; sereno en el peligro; reflexivo en sus planes; tenaz en sus propósitos; resaltan sobre todas sus cualidades aquellas efusiones con que habría las fronteras de su reino, las puertas de su palacio, los brazos de su amistad á todos los que algo creían, á todos los que trabajaban por alguna idea, á los filósofos enciclopedistas perseguidos por las preocupaciones y quemados en efígie por los verdugos, á los hermanos Moravos cargados con sus utopías, á los fracones excomulgados por los Papas, á los jesuitas maldecidos de los Reyes, todos los que padecían por alguna creencia: que su frente se eleva sobre todas las frentes y reverbera y refleja la luz del porvenir, el pensamiento de los siglos futuros, porque su alma ha abrazado con fervoroso entusiasmo la tolerancia universal. Los dos hombres que verdaderamente personifican dentro de Alemania la cima de la revolución religiosa en el siglo décimo-octavo, son Eimarus y Lessing. El primero sobre las tradiciones piadosas, sobre la revelación universal, se levanta á buscar, ya que no en los cielos, sordos á sus evocaciones, en la profunda conciencia, la ley de los espíritus, la religión natural dimanada de nuestro más íntimo ser y en armonía con los principios y los derechos de la razón. Y conviene apuntar este fenómeno histórico, pues desde el momento en que la razón busca fuera de las tradiciones religiosas la ley natural de las conciencias, por un movimiento lógico, superior á la voluntad individual, por una fuerza dialéctica impuesta de propia virtud, buscará también, fuera de las tradiciones políticas la ley natural de las sociedades. Hoy el principio fundamental de Eimarus ha pasado á ser un principio vulgar y de común sentido. Todo hombre medianamente ilustrado sabe que debe buscarse la religión no tanto en las revelaciones, como en la naturaleza y en la conciencia de la misma suerte que todo hombre medianamente ilustrado pide á su vez la base de las sociedades, no á las tradiciones, sino á los humanos fundamentales derechos. Pero en siglos apartados de nosotros, en oscuros tiempos, cuesta sobrehumano esfuerzo elevarse á un nuevo ideal, y doloroso martirio comunicar á los empedernidos y á los ciegos el resplandor de esta luz.

Mas no se contentó Eimarus con expresar las ideas nuevas; atacó también las antiguas tradiciones. En su exaltación guardó pocos respetos á las creencias y se atrajo enemista-

des implacables. Ya comprendía, con sólo haber levantado una punta al velo de su pensamiento, que el escándalo iba á ser inmenso. Así, después de haber escrito resmas enteras para interpretar la Biblia y el Evangelio, guardó receloso, inquieto, como el ladrón sus robos, los productos de sus ideas. La rígida educación de las escuelas luteranas, su estrecho espíritu histórico, su fanático dogmatismo sobre el pecado y la gracia, su repugnancia invencible á todas las inspiraciones de la razón humana, habían hecho del filósofo, que respiraba todo el aire vital de su siglo, enemigo ardorosísimo, exagerado, á veces irreflexivo, de la antigua fe religiosa. Así, en sus fragmentos, sostenía, que el bautismo, impuesto por fuerza á los niños, era una usurpación de los derechos del hombre, de la autoridad de Dios y del ministerio de la razón; que la Trinidad y sus dogmas resultan, por más investigaciones sobre ellos intentadas y hechas, dogmas no superiores, sino contrarios á la razón humana; que las penas eternas, infligidas á seres finitos, débiles, ignorantes, ni tienen sentido moral, ni misericordia, ni justicia; que Jesucristo y el Bautista eran dos puros judíos adscritos al ideal judío, adoradores de un reino material y tangible para su raza, indóciles al yugo romano, conspiradores contra el poder de los Césares, enemigos de una aristocracia sacerdotal, si no tan heroica, más política y más sabia que ellos, y á cuyos privilegios, conservados por la tolerancia de los Pretores, atentó Cristo el día de su entrada triunfal en Jerusalén, haciéndose así reo de su justicia, y dentro de la ley escrita merecedor de su patíbulo; y todo cuanto el cristianismo tiene de más amplio, de más espiritual, de más humano, su reino de Dios, opuesto al estrecho reino de los judíos carnales su exaltación sobre las frágiles coronas y las limitadas ambiciones del mundo, todo eso débese principalmente á posteriores tiempos, á los afluentes de ideas más filosóficas, á los progresos naturales de la conciencia. Como se ve, la crítica de Eimarus tenía el sentido de oposición intransigente al cristianismo, es decir, tenía el sentido de su siglo. El desarrollo dialéctico de las ideas en la Historia es así. La generación que ha de realizar un término en la serie del progreso humano, es injusta y apasionada, y hasta cruel con las generaciones anteriores. Cuando nosotros nos embelesamos hasta ver la hermosura perfecta en la Venus de Milo, y bendecimos á los bienhechores que nos han salvado de las cóleras de los hombres y del diluvio de los siglos este raro portento, encarnación del ideal humano en el mármol, apenas podemos comprender cómo las primeras familias cristianas vieran en aquella gracia, en aquella serenidad, en aquella armonía, en la belleza incomparable de la diosa, el rostro deforme de Satanás y de sus malditos ángeles. Pero fué necesario, quizá, ese honor á la naturaleza, á la estética y al arte de los antiguos para crear, con una formidable reacción de la conciencia humana, el salvador espiritualismo cristiano. Y como en el siglo décimo-octavo se trataba de crear el hombre libre, el hombre en la plenitud de su derecho, todo lazo que ataba el espíritu á lo antiguo, si no se desataba, se rompía, se cortaba con furor y con estrépito. ¡Cuántas creencias, dulces y consoladoras



caían como hojas secas; cuántos manantiales de consuelo se evaporaban después de haber calmado por siglos y siglos la sed devoradora de lo infinito; cuántas imágenes rientes, verdaderas estrellas en las noches del alma, se borraban y desvanecían del horizonte de nuestras esperanzas; cuántos huérfanos quedaban desnudos, hambrientos, yertos al pie de los altares sin Dios, en el seno de una sociedad sin fe! Pero el espíritu humano rompía sus ligaduras, saltaba sobre sus vallas, deshacía todos los obstáculos, se lanzaba resueltamente entre tempestades á la conquista, muchas veces sangrienta, de sus imprescriptibles derechos. El editor que publicó los fragmentos de las críticas de Eimarus sobre el cristianismo, había de alcanzar un nombre inmortal en ciencias, en artes, en literatura, en crítica, en filosofía religiosa, como precursor de los grandes genios de Alemania. Se llamaba Lessing. Podemos llamarle el crítico por excelencia, de la misma suerte que podemos llamar á su siglo el siglo crítico por excelencia de la Historia. El pensamiento que Federico II realiza en la política, lo sostiene con esfuerzo gigante en las letras Lessing. Tolerancia universal, espíritu humano alzándose puro sobre las discordias de los hombres, revelación eterna de Dios por medio de las varias religiones, derecho de cada conciencia, de cada sér, á comunicarse libre é íntimamente con su ideal religioso, que en cualquiera de sus formas contendrá siempre lo infinito. Estas ideas valiéronle muy encarnizados contradictores, nacidos en su mayor parte del seno de la ortodoxia protestante y sus contradictores, como todos aquellos que se ufanan de poseer con su fe religiosa las verdades absolutas, lejos de resignarse á refutar las ideas contrarias á las suyas, denuestan, infaman, persiguen, á los mantenedores de estas ideas, viendo un crimen, donde, si acaso, hay un error, en el seno de las creencias, independientes casi siempre de la humana voluntad, é impuestas al entendimiento por fuerzas superiores á nuestras individuales fuerzas. Para llevar sus ideas al seno de las muchedumbres, para iluminar las conciencias y persuadir los ánimos, eligió Lessing la esfera intermedia entre lo real y lo ideal, eligió la esfera del arte y en el arte aquella manifestación que más se aproxima á la vida, que más participa de sus emociones y de sus accidentes, la manifestación del teatro. Inspirándose, como el gran dramático inglés, en los luminosos cuentos y relatos de la literatura italiana, de donde se han sacado asuntos dramáticos, á la manera que se sacan y desbastan hermosos mármoles de las riquísimas canteras de Italia, Lessing tomó la base de su drama, verdadera apología de la tolerancia, en los célebres cuentos del Decamerón de Boccaccio. Es el tiempo de las Cruzadas: los judíos, los cristianos, los musulmanes se encuentran en torno de Jerusalén, la ciudad santa, en donde todos han bebido la idea de la unidad de Dios, y de donde todos se han separado por rivalidades de raza más que por motivos de dogma y de creencia. Y sin embargo, aquella comunicación estrecha entre las razas, si quiera sea una comunicación por la guerra, por ese elemento destructor y antihumano, enseña una verdad que difícilmente puede ocultarse á la razón natural, y es la verdad

clara, pero escondida, sobre todo á los ojos de la superstición y del fanatismo, la verdad de que todos aquellos enemigos, todos aquellos rivales, todos aquellos guerreros que se odian entre sí, que se persiguen, que se matan, sienten afectos y necesidad comunes, viven de comunes dolores y esperanzas, débiles todos y todos fuertes en las mismas condiciones, hambrientos todos del ideal y todos necesitados de la naturaleza, de su luz, de su aire; sujetos á la muerte, forzados á juntar en la madre tierra los huesos y los átomos que en vida han separado los enemigos dogmas, las religiones enemigas, para despertar tal vez en otra vida y encontrarse allí, que un sólo Dios esclarece y vivifica y calienta con su luz increada, lo mismo que los mundos y los soles, todas las almas y todas las conciencias.

El patriarca de Jerusalén es la imagen del eclesiástico intolerante, materialista, avaro, sensual, cargado de preseas y de diamantes, vestido de brocados y de bordados, más atento á que teman, y veneren, y reverencien, y sostengan, y adoren los fieles su persona que su Dios. Saladino es el sultán que se ha levantado sobre la intolerancia de su religión á un culto más íntimo y profundo de la humanidad y de sus derechos. El joven templario, nacido en los feudales castillos de Alemania, hijo de sangre real, que ha buscado bajo las palmas de Jerusalén el sepulcro de su Dios, representa el término medio entre la intolerancia del patriarcado y el espíritu efusivo y humano de Saladino. Así es hijo, sin saberlo, de un príncipe árabe, hermano del Sultán, y de una rica hembra germánica, perteneciente á nobilísima familia. El protagonista del drama es el judío, precavido y prudente, llamado Nathán. Los furros religiosos, el fanatismo intolerante, los cristianos en las llamas de sus guerras, le han consumido su hogar, le han quemado vivos á sus hijos. Al pronto le posee horror implacable al cristianismo; pero más tarde conoce que sobre estas pasiones debe levantarse la pura inteligencia, la tolerancia pura, y recibe en su hogar, como hija propia, una hija de sus verdugos, la bella y piadosísima Raquel, educada por su protector en sentimientos más humanos que los egoístas sentimientos de secta. A este judío quiere Saladino en sus apuros, sacarle algún dinero, proponiéndole una cuestión espinosa, á saber: cuál prefiere de las tres religiones monoteístas. El judío le refiere este cuento: «Un señor recibió hermoso anillo, al cual iban unidas todas las ventajas de la fortuna y de la vida, é instituyó que aquél de sus hijos que se encontrara en posesión del anillo, fuese el único de sus herederos, con facultad de transmitirlo á sus sucesores. Era ya tradicional en la familia que el mejor entre los hijos de aquellos mayorazgos recibiera el anillo en herencia. Pero en la sucesión de los tiempos encontróse uno de aquellos señores con que sus tres hijos eran igualmente buenos, igualmente dignos, igualmente honrados, y mandó labrar dos anillos idénticos al anillo prestigioso, y se los dió á sus hijos. Y muerto el padre resultó que cada uno de ellos creía tener el verdadero anillo y pedía la herencia única. Y entablaron un pleito, y llevados al tribunal todos los tres anillos, resultaron tan idénticos entre sí, que el pleito no pudo fallarse. Y así como no se ha fallado el pleito entre los tres



anillos, tampoco se ha fallado el pleito entre las tres religiones. Saladino, que creía que al judío no le quedaba evasiva, porque, declarándose á favor del judaísmo ó cristianismo, tenía que darle todos sus tesoros por blasfemo, y declarándose en favor del mahometismo, tenía que darle todos sus tesoros por converso, quedóse maravillado ante aquella habilidad y prudencia. Y tales consideraciones le persuadieron más y más á la tolerancia, y luego resultó que Raquel, la hija del judío, y el templario eran sobrinos del Sultán, hijos de un su hermano, y que cautivado por la belleza de nobilísima cristiana, había oído la voz de sus pasiones, no la voz de sus dogmas, en demostración evidente de cómo la naturaleza inmortal suma los séres divididos y separados por las discordias de los hombres y sus diversas religiones. No se contentó Lessing, á la verdad, con defender la tolerancia en el teatro, la elevó á dogma en su teoría sobre la educación del género humano. Para el gran pensador la gloria de la humanidad no está, no, en la quieta posesión de la verdad; está en los combates, en las penas que la verdad ha costado. Por eso, dice, que si le llamara Dios y le dijese, en esta mano tengo la verdad, y en esta otra el camino penoso, escabrosísimo, que á la verdad conduce, escoge; escogería el camino de la verdad, aun á riesgo de regarle con su sudor y con su sangre. Sí, virtud sacrificante de la lucha, del trabajo, del dolor, parece que destruyes y creas, parece que abates y exaltas, parece que debilitas y alientas, parece que eres el signo de nuestra inferioridad, y eres la señal de nuestra grandeza y de nuestra gloria. Lessing aceptaba la lucha por la verdad para fortalecer su espíritu, como el atleta antiguo aceptaba la gimnasia para fortalecer su cuerpo, y en estos ejercicios del pensamiento encontró la idea que todas las religiones son grados diversos, fragmentos diseminados, matices varios de una misma religión, que ha educado progresivamente al género humano. El ideal religioso no se encuentra contenido en un solo libro, sino en todos los libros que han sostenido, que han consolado á la humanidad en las tristes asperezas de su ruta hacia la realización del ideal. Así como el trabajo del Oriente no ha podido perderse, ni perderse el trabajo de Grecia y sus filósofos, el trabajo de Roma y sus jurisconsultos, así también el trabajo de las diversas iglesias, servirá para esclarecer, para iluminar la conciencia humana. Desde los picos del Himalaya, á los cuales alzan sus brazos suplicantes los padres de los primeros dioses; desde las cumbres del Sinaí, donde aun relampaguea, truena y fulmina el Jehová de Moisés; desde el sombrío Calvario donde corre la humilde sangre del hijo del Hombre; desde el Híbla, que ha visto la cuna de los dioses griegos, y que ha escuchado los diálogos del divino Platón; desde el coliseo romano, en cuyas cimas brillaban los genios protectores de Roma, y en cuyo centro hoy abre sus brazos la Cruz que parece alimentarse de las cenizas de los mártires, como los árboles de la sabia de los campos; desde las cúpulas de San Pedro de Roma ó de San Pablo de Londres; desde las torres de la Iglesia de Worms, que oyeron la protesta del monje Lutero, hasta las torres de la catedral de Colonia, que todavía abrigan la reac-

ción católica, no se descubren los límites últimos ni las últimas señales de la revelación; no se ven ni en lo pasado los confines de los recuerdos religiosos, ni en lo porvenir los extremos de las religiosas esperanzas; porque así como el libro de los Vedas ha podido ser el libro de la naturaleza, y el libro de los Persas el libro de la luz, y el libro del antiguo Testamento el libro del Dios Padre, y el libro del Nuevo Testamento el libro del Dios Hijo, y el libro de la Reforma el libro del Espíritu-Santo, y como el pensamiento humano jamás podrá contar las estrellas ni medir lo infinito, jamás podrá tampoco saber cuántos libros religiosos, reveladores, luminosísimos, vendrán mañana en progresión ascendente á continuar la obra que los otros comenzaron; á embellecer, á santificar el humano espíritu, para el cual guardan los cielos en sus profundidades una revelación eterna é incesante. La idea fundamental de Lessing en que todas las religiones han poderosamente contribuido, aunque en grados diversos, á la totalidad de la educación humana. El espíritu de progreso entraba, pues, hasta en aquellos sitios apartadísimos y sagrados que parecían exceptuarse del movimiento y de la renovación de todos los séres y de todas las ideas. Los santos veían agitarse las hojas de sus inertes libros de piedra al soplo del viento de su siglo; los ángeles veían larvas de nuevas ideas animarse en transformaciones progresivas al calor del fuego de los santuarios. En esta agitación, en estos estremecimientos de la conciencia, engendrúbase altísimo concepto de la dignidad humana. Y siempre que la ciencia eleva la dignidad humana á grandes alturas, viene por necesidad una explosión de la conciencia cargada de ideas, y con esta explosión de la conciencia viene por fuerza otra victoria más de la libertad. En el fondo íntimo de todas las Iglesias cristianas se halla una idealidad y una doctrina común, lo cual puede servir de base á los futuros templos del Dios á quien adorarán las generaciones emancipadas. Es más; así como los pueblos cristianos han proclamado la paz internacional en materias religiosas y han puesto la libertad de cultos al frente de las constituciones modernas, las iglesias cristianas anudarán con el tiempo una federación estrechísima y cordial, antes de llegar á la unidad indispensable. La Iglesia, que se oponga con cualquier menguado interés á tal progreso, quedará destruída y arrollada. Si el Cristianismo recibió todas las ideas arias encerradas en la Biblia y todas las ideas arias encerradas en los Vedas; si pudo tomarle al mazdeísmo prácticas de su liturgia en otro tiempo consideradas como hechicerías y quiromancias; si para comunicarnos con Dios copió el Verbo y el espíritu de las escuelas Alejandrinas; si le plagió á Roma sus Pontífices y su jurisprudencia; si á Grecia su inspirado helenismo; si el Aristóteles de los árabes pasó á la Suma de sus teológicos; si toda la metafísica antigua llegó por sus padres griegos y latinos á ser como el comentario de sus libros dogmáticos y religiosos, no hay que dudarle, recibirá en lo porvenir la ciencia, la filosofía, las revelaciones astronómicas del Cosmos, los adelantos de la fisiología y del naturalismo, los derechos fundamentales humanos, la libertad y la igualdad en toda su fuerza, llenando así con su esencia los abis-